

Diego Peris Sánchez

## Paisajes del olivar

---

El olivo, árbol secular ha tenido una implantación y un uso muy diverso, en el tiempo, en Castilla-La Mancha. En época antigua el aceite era utilizado en la liturgia, en remedios sanitarios y como cosmético, pero apenas tenía un uso alimentario y culinario como lo tiene en la actualidad. Las superficies cultivadas eran reducidas y hasta finales del siglo XIX en que llegan a las 100.000 hectáreas su extensión era muy dispersa y limitada. Ha sido a lo largo del siglo XX cuando comienza a producirse un incremento notable de las superficies cultivadas y una valoración de las ventajas de salud y de sus valores en la alimentación. Y ello ha hecho que aumenten las superficies hasta llegar a las 350.000 hectáreas actuales.

Los paisajes se construyen como suma de elementos naturales y culturales. Las diferentes etapas por las que ha pasado el cultivo del olivo, sus técnicas, los terrenos donde se sitúa, las utilizaciones del mismo, los usos y medios necesarios para la obtención del aceite así como las arquitecturas que se han generado en su actividad han conformado un paisaje que es testigo de estas variaciones y acumulaciones seculares. Hay en el olivar una huella del trabajo de generaciones, de la evolución de sus conocimientos y de la cultura que se ha desarrollado en su entorno. Es el palimpsesto de siglos de actividad, que el propio árbol, en su evolución de años nos recuerda.

El paisaje del olivar tiene una serie de características comunes en casi todos los territorios. Es un paisaje de la geometría definida por el modo de plantación en una retícula que permite observar la imagen de un conjunto ordenado en ambas direcciones. Esta configuración hace que desde el nivel de la plantación sean visibles las alineaciones y la perspectiva que generan hacia el horizonte. La forma del árbol y sus ramas limitan las visiones en sus alineaciones. Cuando la visión se produce desde zonas más elevadas, el paisaje se hace regular en la visión ordenada en ambas direcciones. Los olivares que se adaptan a las parcelaciones y a los bordes que definen las mismas acaban conformando espacios en los que los cambios de dirección hacen referencia a estos elementos de propiedad, de límites que establecen conjuntos ordenados en diferentes direcciones generando una geometría que se repite con conjuntos que cambian ligeramente de orientación. La forma ordenada y repetitiva de los olivos en el campo genera visiones singulares que nos remiten a un paisaje controlado, ordenado y regulado por el hombre. Es la intervención de la forma regular que se adapta a la topografía y a las formas de propiedad o a las características edafológicas de cada espacio. La geometría de las retículas continúa por encima de las topografías onduladas o en pendiente.

Es el paisaje del color verde oliva (de hecho la peculiaridad de su coloración hace que se conozca así un color determinado). Colores apagados que armonizan con los troncos de los árboles resaltando sobre los fondos del terreno en el que se sitúan. Las formas peculiares del olivo unidas a su color configuran una realidad fácilmente identificable. La altura limitada, su volumetría, la forma en que se desarrolla el árbol y el espacio libre que requiere en su entorno definen una implantación en el suelo que cualifica el paisaje donde se desarrolla. El olivar tiene una fuerza en su geometría y coloración y forma de crecimiento que se superpone a cualquier territorio conformando un paisaje en el que su presencia se convierte en

elemento esencial definidor del mismo.

Sin embargo la suma de elementos geológicos, geográficos y de otro tipo, van creando espacios singulares con acentos peculiares en diferentes territorios. En Castilla-La Mancha los paisajes del olivar se van diferenciando en las zonas en las que se sitúan y que han dado lugar a las diferentes denominaciones de origen. Cinco denominaciones de origen identifican ya el aceite de oliva en nuestra región que definen cada uno de ellos paisajes singulares. El Campo de Calatrava es un amplio espacio natural con peculiaridades geográficas e históricas. La comarca tiene un relieve volcánico de gran interés geomorfológico y paisajístico. Territorios en los que el olivar ocupa las zonas llanas del terreno del que sobresalen en el horizonte las formas del vulcanismo que han conformado los relieves y la edafología de la zona. El cultivo supone una superficie importante del territorio constituyéndose en elemento esencial e identificativo de su paisaje.

La D.O. Montes de Toledo abarca una amplia zona de las provincias de Toledo y Ciudad Real (80 municipios) con 69.964 hectáreas de olivar. Un territorio con cuarcitas y pizarras, en los que la erosión ha dejado estratos de cuarcitas más duros en su lugar y ha erosionado las pizarras originando las rañas, arrastres de fragmentos de roca que se acumulan en las zonas al pie de las elevaciones montañosas. El paisaje del olivar se hace singular por la presencia de las elevaciones en su entorno. En la zona de los Yébenes el olivar que se extiende en grandes superficies ocupa las zonas llanas y sube por las laderas de las montañas de la Sierra de los Yébenes hasta zonas muy elevadas. La carretera que va de Malagón a Picón en dirección Este-Oeste deja al norte la sierra de Malagón con una zona en su ladera donde los cultivos de vides, olivos y frutales conviven. La imagen del olivar que sube hacia la montaña, en el contraste con la fuerza de las rocas que conforman las cumbres, con alturas en torno a los 1.000 metros), tiene una singular belleza, especialmente con la presencia de las Nava Grande (zona de lagunas) en la parte baja, que definen un paisaje complejo y lleno de matices. El olivar forma parte esencial del paisaje en esta zona con sus cerca de 7.000 hectáreas cultivadas.

La D.O. Campo de Montiel. Ocupa el territorio histórico del campo de Montiel, una comarca con 26 municipios que tienen un espacio geográfico e histórico singular en la que el olivar es elemento esencial de su paisaje. El olivar, que se ha desarrollado de forma más intensa en las últimas décadas, conforma un paisaje singular. Los pequeños cerros redondeados se cubren de olivos que en su trazado geométrico se curvan en las ocupaciones de estas pequeñas elevaciones o de las zonas llanas de los espacios de mayores dimensiones. Los intensos colores rojizos de las tierras y sus formas onduladas conforman así un paisaje agrícola especial. Los torreones defensivos de algunas de sus poblaciones construidos por la Orden de Santiago permiten vistas del territorio en grandes extensiones que en otros momentos permitían el control militar de este territorio de frontera. La D.O. Montes de Alcaraz, se sitúa en la comarca de la sierra de Alcaraz, municipios en los que el olivar representa apenas el 4,8 % de su superficie, pero que dadas sus peculiaridades climáticas y geomorfológicas produce paisajes de singular belleza. La D.O. La Alcarria con olivares en zonas llanas, contrasta con las elevaciones de las zonas de páramos. La variedad endémica de la aceituna verdeja da una singularidad a esta comarca.

El paisaje del olivar es el paisaje de la geometría, de los colores singulares del mismo. Pero sobre todo

es el paisaje del trabajo de numerosas personas que lo cultivan, que trabajan en la recolección de la aceituna y en la posterior elaboración y distribución del aceite. Las 318.467 hectáreas de cultivo y las 242 almazaras existentes demandan una importante mano de obra que son parte esencial de la conformación del paisaje oleícola. El viñedo y el olivar ocupan un 10% de la superficie total de Castilla-La Mancha y son, por ello, elementos esenciales de la definición de este paisaje conformado por el trabajo de miles de personas en estos dos sectores de producción.